



PARA ERNES HILLMER, EL PATRIMONIO DE PUERTO MONTT IMPLICA ENTENDER QUE LA IDENTIDAD LOCAL ESTÁ LIGADA AL PAISAJE DE LA CIUDAD.

Puerto Montt no es sólo una ciudad erguida frente al majestuoso Seno del Reloncaví, es también un territorio que ha sedimentado las memorias, oficios y relatos que son parte del vasto acervo cultural austral. Entre nubes, lluvias, mareas, volcanes y arquitectura de madera, emerge ese genius loci que habita en sus muelles, en sus barrios y en la memoria de quienes dieron forma a esta ciudad del sur del mundo.

Desde antes de su fundación, esta ciudad ya albergaba una historia milenaria. El sitio arqueológico Monte Verde, reconocido entre los más importantes del continente, donde se evidenció la presencia de comunidades hace más de 14.500 años, convierte a esta zona austral en una pieza fundamental para entender los primeros procesos de poblamiento de América.

Al pasar el tiempo, el paisaje natural moldeó formas de vida ligadas al mar, bosque y canales interiores. Estas rutas marítimas, sus comunidades chilotas, pueblos originarios y procesos de colonización fueron dando forma a una ciudad marcada por la lluvia, la madera y el trabajo costero.

Puerto Montt y su memoria viva



Ernes Hillmer M.
Arquitecto especialista en patrimonio

La fundación de Puerto Montt en 1853 abrió una etapa nueva. La ciudad creció entre sus cerros y actividad portuaria, construyendo identidad ligada al comercio, navegación y vida comunitaria. Barrios, ferias, iglesias y viviendas en madera consolidaron un acervo

propio del sur austral, donde aun persisten muchas expresiones de tradición oral y formas de habitar que reflejan el carácter de esta ciudad.

Esta historia también la marcan acontecimientos que transformaron la memoria colectiva. Como lo fue el terremoto del 60 el cual cambió la relación de la ciudad con el mar y con su propio territorio. Décadas después el desarrollo de la salmicultura impulsó nuevas oportunidades y dinámicas económicas, migraciones y formas de vida que redefinieron a Puerto Montt y su territorio.

Hoy, esa memoria sigue aquí presente en lugares como Angelmó, Barrio Puerto, la Isla Tenglo, y la costanera, donde conviven identidad, trabajo y vida cotidiana. El patrimonio de esta ciudad no está sólo en los edificios o monumentos; también se vive en los oficios,

las historias familiares, la cultura marítima, y la resignificación del habitar en los distintos lugares de la ciudad.

En el mes del patrimonio nos invita precisamente a detenerse y mirar de nuevo aquello que nos parece cotidiano. Una calle con historia como la calle Varas, una fachada antigua, una conversación familiar o pararse en la costanera y mirar el Seno del Reloncaví, pueden revelar parte de una historia y memoria común.

Hablar de patrimonio en este territorio implica entender que la identidad local está profundamente ligada a su paisaje, el cual nos invita a una forma de habitar, recordar e imaginar la ciudad desde su propia geografía austral.

Monte Verde también nos recuerda que esta ciudad dialoga con una historia mucho más antigua que su propia funda-

ción. Esa riqueza cultural no sólo debe generar orgullo y valor, sino también responsabilidad de cómo proyectemos el futuro.

En ese sentido, la enciclopedia "Magnífica Humanitas" del Papa León XIV ofrece una reflexión pertinente para nuestro tiempo. Al advertir sobre los riesgos de deshumanización frente al avance de la inteligencia artificial, donde plantea que el progreso no puede sólo medirse por la velocidad de la innovación, sino por su capacidad de resguardar la dignidad humana, la memoria y el sentido de comunidad. Podemos leer esta mirada también desde la ciudad, Puerto Montt debe construir futuro sin perder el vínculo con su historia, con sus barrios, paisajes y con las personas que le dan vida. La tecnología también puede ayudar a planificar, conservar y pro-

yectar mejor, pero no debería reemplazar la sensibilidad humana con que una comunidad reconoce aquellos que es propio.

El desafío es crecer sin perder identidad, Puerto Montt está avanzando en infraestructura, espacios públicos y desarrollo urbano, con el desafío de no desconectarse de su cultura y memoria. Por eso el patrimonio nunca debe entenderse como algo estático. Conservar no significa inmovilizar, sino reconocer aquellos que tiene valor para las personas. Si Puerto Montt protege su patrimonio, entiende su origen y puede proyectarse con claridad hacia el futuro.

Celebrar el patrimonio es volver a mirar a la ciudad desde aquello que le da sentido y pertinencia. En Puerto Montt, esa memoria vive en el paisaje, en los barrios, en la vida diaria y en una profundidad histórica que Monte Verde nos recuerda casi en silencio. Cuidar este legado no sólo es mirar hacia atrás, sino que encontrar en nuestras raíces la fuerza para imaginar una ciudad más humana, consciente de su identidad y más comprometida con el futuro que desea construir.